

La universidad pierde desde 2009 400 millones para inversiones

“Ya no planificamos, el dinero solo llega para tapar agujeros o reparaciones que suponen un riesgo”, confiesa el rector de la Politècnica de Catalunya (UPC) Daniel Crespo

IVANNA VALLESPÍN, **Barcelona**
La crisis y los recortes de hace una década supusieron pasar la tijera por todos los niveles de las universidades. También en mantenimiento e inversiones, una partida clave para tener en buen estado unos edificios que en algunos campus ya son centenarios. Este año, el Departamento de Universidades ha inyectado a los siete campus públicos 53 millones dentro del Plan de Inversiones Universitarias (PIU), una cifra que no se veía desde 2009. Si durante este tiempo se hubiera mantenido este nivel de financiación, las universidades habrían recibido 400 millones más de lo que realmente han ingresado. Y ello, ha tenido un efecto directo: “Los edificios no están en las condiciones de mantenimiento que deberían estar”, admite la gerente de la Universidad de Barcelona, Glòria Matalí.

Bajo el paraguas del PIU, las universidades reciben fondos destinados específicamente a la inversión en tecnología, al mantenimiento de los edificios, así como para financiar nuevos proyectos constructivos. El plan había llegado a repartir la suculenta cifra de 76 millones en 2008 y 57 en 2009. Pero en 2010 cayó en picado hasta los 28 millones y se quedó fija en 16 millones anuales durante el periodo 2014-19. En 2020 empezó a recuperarse progresivamente hasta los 51 millones actuales. Según fuentes de las universidades, el plan podría dotarse con cerca de 70 millones en 2024, pero la cantidad no se concretará hasta la negociación y aprobación de los Presupuestos de la Generalitat.

Las más afectadas por la falta de financiación son las universidades grandes, que son las que cuentan con inmuebles más antiguos. El caso más paradigmático es la Universidad de Barcelona: el edificio histórico, que alberga



Alumnos entrando en la facultad de Farmacia de la Universidad de Barcelona, el día 18. / MASSILIANO MINOCCI

el rectorado, celebró el pasado curso los 150 años del inicio de su construcción; pero los orígenes de la facultad de Farmacia se remontan a 1845 y la de Bellas Artes, a 1775. La UB ha estado siete años, tras el estallido de la crisis, recibiendo unos exiguos cinco millones para mantener su amplio e histórico patrimonio,

lejos de los 12 que ingresó en 2010.

“¿Qué podíamos hacer con cinco millones? Nada, simplemente sobrevivir e ir tapando agujeros de seguridad, como cambiar un ascensor o una instalación eléctrica que se quema”, cuestiona Glòria Matalí, gerente de la UB. Matalí admite que en

estos años lo que más ha sufrido es el estado de conservación de los inmuebles. “Tenemos edificios muy antiguos y se han deteriorado mucho. Ahora nos costará mucho más arreglarlos que si lo hubiéramos hecho poco a poco estos años”.

Este 2023 el PIU se ha recuperado a niveles anteriores a la cri-

sis y la universidad ha recibido 14,6 millones, cantidad aún insuficiente para el campus. “Los hemos dedicado a inversión en tecnología, eficiencia energética y a actuaciones de urgencia como cambiar pilares o ventanas que se caen. Pero no podemos hacer previsión de obras nuevas”, lamenta Matalí. La UB tiene en su agenda como actuaciones prioritarias la ampliación de la facultad de Bellas Artes o la construcción de una nueva de Farmacia (la que está en peor estado), pero ello supone un coste de 40 y 140 millones, respectivamente.

Como los fondos que llegan del PIU no dan para llevar a cabo estos nuevos proyectos, la UB ha tenido que buscar vías alternativas de financiación, como crear un derecho de superficie en favor del Incasòl, de modo que este organismo se encarga de la construcción y posteriormente la universidad retorna la inversión en forma de alquiler durante 50 años. Este es el modelo que, por ejemplo, se ha seguido para poner en marcha la nueva facultad de Matemáticas, con un coste de 50 millones, pero también lo están aplicando otras universidades, como la Pompeu Fabra con el Mercat del Peix o el campus Besòs de la Politècnica.

Placas del techo

Y es que las cifras de la UPC también reflejan el drama de los recortes. Antes de la crisis, la universidad percibía alrededor de los 15 millones en el marco del PIU, pero en 2011 la cifra se hundió hasta los cuatro millones, y tocó fondo dos años después, con dos millones. La inversión se empezó a recuperar en 2020 hasta los 10 millones actuales. “Hemos dejado de planificar. Vas a cubrir lo más urgente o aquello que supone un riesgo”, explica el rector, Daniel Crespo, y detalla que una de estas emergencias se produjo en la escuela de Arquitectura de Barcelona cuando se empezaron a descolgar las placas del techo.

En este tiempo de vacas flacas, el rector asegura que se han centrado en reducir el consumo energético, mejorando el aislamiento de unos edificios que datan de mediados del siglo pasado, además del edificio modernista y catalogado del campus de Terrassa. Ahora que empieza a recuperarse el PIU, Crespo fija

Los centros más afectados son los que tienen edificios antiguos

El Govern ha ampliado la inversión de este año a 53 millones

las prioridades en la nueva facultad de Industriales en Barcelona, pero también en pequeñas actuaciones en el resto de escuelas, como arreglar goteras.

La Universidad Autónoma, otro de los campus con edificios de más de 50 años, también ha sufrido las consecuencias de los recortes. Los casi 20 millones que recibían antes de la crisis se quedaron en apenas tres durante ocho años; en 2020 empezó a remontar hasta los 10,5 de este último año. “Ha sufrido todo. La casa se nos ha hecho más vieja porque hemos estado muchos años sin hacer lo que se tenía que hacer”, resume el rector Javier Lafuente.

Pero aquí, la gran víctima ha sido el sistema informático. “No se han cambiado los servidores, los ordenadores van más lentos y no puedes renovar los viejos. Hay más agujeros de seguridad”, apunta el rector. La UAB sufrió en 2021 un ciberataque que afectó gravemente a sus servidores y del que ha tardado tiempo en recuperarse.

Como en los años de recortes el PIU no daba para grandes inversiones, el campus de Bellaterra optó por poner los esfuerzos en la eficiencia energética, y de paso hacer malabarismos presupuestarios. “A lo mejor con una inversión de 10.000 euros ahorras 50.000 en energía. Y entonces, este ahorro se puede destinar al mantenimiento de infraestructuras”, relata Lafuente. De los 10 millones que reciben actualmente del PIU, principalmente se destinan a este tipo de planes energéticos, que incluye la colocación de placas solares y pequeñas reformas. “Todavía no hay suficiente dinero como para pensar en nuevas facultades”, admite.